

Hyattsville, Maryland
 Diciembre 3, 1974

Queridísimo Miguel Delibes:

¿Quié digo? ¿Cómo lo digo? Me ha telefonado Marguerite Rand después de hablar con Marion.

Vivir toda una vida, quererse, comprenderse y perder esa mitad del alma de uno. Y Dios que tenga poder de sus criaturas y le dé a uno lo que la razón no puede concebir, que pueda uno sobrellevar esa pena.

Me acuerdo cuando vinieron ustedes, tan mora Angeles, parecía una rana con su mebita negra, llevaba un traje azul marino y yo pensaba cómo en ella se veía tan bien ese color que a los morenos nos quedaba mal. Después me acuerdo de ella vestida de rojo en casa del Prof. Parsons, y cuando le dijo Ud. que bailara, (¿qué era, sevillana, piteñera?) tan breve y con tanta gracia que le hizo. Esa fina, natural, sencilla, graciosa. Tanta gente, tan todo lo contrario, que vive tanto tiempo. Pero también debe ser algo extraordinario una vida colmada en lo esencial, aunque dure menos.

El paso de ustedes dos por aquí fue una de las cosas mejores en la historia de nuestro Departamento de Español. Después, todo ha cambiado tanto. La universidad es la agitación, la fragmentación, de donde sale una ansiosa de la tranquilidad y la unión del firme hogar.

Cualquier cosa que le escriba es bolodi. Pero si se le recuerda con cariño. Aunque sea un mínimo consuelo, sepan ustedes todos, que sentimos con ustedes; que recordamos, como privilegio, el haberlo visto a Ud. ya Angeles en esa armonía de los que se comprenden y bien se quieren, tan evidente a su paso por aquí. Que de algún modo encuentren, sobre todo usted, la gracia

para aceptar la irreparable pérdida. Si las palabras
de uno ayudaran. Ya habrán oído ustedes bastante.
Perdone las mías. Hablo también por mi familia, mi
marido e hijo.

Le quiere y siente por usted,

Graciela Gomez